

Nervadura del relámpago de Mariana Bernárdez

Félix Suárez

SAN AGUSTÍN CREÍA QUE LA MEMORIA debía residir en algún lugar del alma, si no era ya el alma como el alma era uno mismo. Por eso pensaba que la memoria, esa “multiplicidad infinita y profunda”, en la cual caben el cielo y la tierra, el mar y todas las experiencias vividas, era el mejor camino hacia uno mismo y el lugar mejor donde encontrar a Dios.

El “aula inmensa de la memoria”, como la llama san Agustín, donde incluso la conciencia del olvido es parte de ésta, de modo tal que aun lo que no es, lo apetecible, es ya memoria, nostalgia del porvenir, porque si no ¿cómo desear con viva avidez, cómo amar lo que no se conoce, si no es porque se ha conocido?

Nada pues escapa a la memoria. Somos memoria en acto o en potencia. Nuestros recuerdos dan forma y estructuran a nuestro yo interno. De tal suerte que cuando olvidamos perdemos también una parte de lo que somos, de lo que fuimos, y algo de nosotros se desdibuja entonces, se desvanece irremediabilmente como la niebla.

Harold Bloom ha señalado que uno de los grandes hallazgos de san Agustín fue haber creado “la memoria autobiográfica, en la que la propia vida se convierte en

texto”. En efecto, san Agustín se confiesa ante Dios, es decir, se confía a Él, y a Él confía sus pecados, sus dudas, sus debilidades, pero también su desamparo y su búsqueda de la sabiduría. Por eso María Zambrano cree que la confesión, en su más amplio sentido literario, está más cerca de la vida que la filosofía misma.

Depositaria del yo íntimo, del ser, la confesión, al igual que la poesía, es el argumento y la sintaxis de la memoria personal. En esta última, afirma san Agustín, “me encuentro a mí mismo, me acuerdo de mí, de lo que he hecho, y qué impresión tenía en el momento de hacerlo”.

Nada, pues, más cercano al propósito mismo de la poesía: auscultar y revelar la interioridad del poeta.

Mariana Bernárdez lo sabe. Por eso, *Nervadura del relámpago* es ante todo un ejercicio respiratorio que proviene de la memoria y hacia ella tiende, en un proceso dual de ida y vuelta, semejante al de la inhalación y la exhalación: recuperación y búsqueda, pero también liberación. Ansia de infinito.

De ahí que su libro resulte certeramente lírico, íntimo; uno lo escucha como oye el murmullo del mar o como se atiende una confesión en la que nos

Fotografía: Alejandro Arteaga

descubrimos a nosotros mismos, siendo nosotros mismos. Tan próximos al corazón de la poeta.

Compuesto por cuatro apartados (“De la huida: Cuando un recoger silencio y una luz demasiado luz es herida o palabra”; “De la hermana: Inhabitado soplo en la piel”; “Del padre: Antes del antes o del mar en tus ojos”; y “Responso del biendecir o del blanco que habita el olvido”), el libro de Mariana Bernárdez evoca la simbólica del rayo, para prefigurar al mismo tiempo la tormenta que azota y fecunda la tierra, pero también “la intervención repentina y brutal del cielo”.

El relámpago, “línea que cae en vértigo”, es trazo y tajo sobre el vacío: trazo que “rasga la inmaculada blancura”; tajo sobre el vértice expuesto, desnudo, de nuestro corazón. Su luz se vierte en los intersticios y sobre las profundidades de la memoria. Bajo ese mismo resplandor surgen, vivísimas, la infancia, la imagen de la casa un día abandonada, las apariciones y murmurios del jardín; pero, a partir de la segunda estancia, esa misma luz adquiere tonalidades mórbidas para convertirse en la sorda claridad de las lámparas de los hospitales.

Por eso, como todo buen libro de poesía, el de Mariana no admite ninguna otra lectura que no sea

una lectura empática, comprometida. Whitman reclamaba algo semejante para su poesía: “Esto no es un libro —escribió el viejo poeta—, quien lo toca, toca a un ser humano”.

Consciente de ello, mediante un proceso alquímico, la poeta convierte la sal y la cal de esos instantes en objetos, ora translúcidos, ora bruñidos, en los que el lector se mira y palpa sus heridas y pérdidas más extremas. Y sin embargo, en medio de todo ello, subsiste como una pepita de oro, la condición desgarrada y dolorida del ser humano.

Del cuerpo de la hermana, la poeta nos confía:

Quizá la muerte lo esquiva
porque la prenda a dar
no es su corazón
sino algo más hondo
que no es capaz de presentir.

Esa misma imagen que se adhiere al lector no sólo por su plasticidad, sino también por su resonancia reflexiva, adquiere de repente otra luz —aún trágica— en el poema siguiente:

Nana me da la orquídea
“se está muriendo”
—susurra al ponerla en mis manos—
No sé sanarla
Pongo agua cercando sus raíces
Toco sus hojas
pero comienza a desprenderse.

En las dos últimas partes del libro, la poeta de *Nervadura del relámpago* aborda la cara opuesta de la memoria, el olvido. Pocas cosas intrigaron tanto a san Agustín como “el recuerdo del olvido”, porque en el fondo, creía él, nunca olvidamos del todo. Justo porque podemos decir que hemos olvidado tal cosa, recordamos que algo hubo ahí, en donde ahora sólo hay ausencia. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando la memoria —o el alma que es lo mismo para Agustín— deja de percibir esa ausencia y queda sólo el vacío del pasado perdido, porque el alma dejó de contemplarla?

Ni nostalgia ni esperanza. Tampoco carencia: el infinito recuperando sus dominios, de un modo semejante, tal vez, a la forma como la selva reclama poco a poco sus pertenencias.

Así mira pasar la poeta los días últimos del padre, quien ha decidido beber a sorbos, lentamente, “el elixir del olvido”:

Ahí estabas de pie entre nosotros, con los ojos azorados.
Bastó un segundo para saber que el juego efímero de la desmemoria te había atrapado de una vez por todas.

Si la memoria nos permite hablar con nosotros mismos, estar con nosotros mismos, su ausencia —el olvido total— nos hunde en el silencio, en el blanco del estupor, porque la realidad ha dejado de tener asideros para los sentidos. ¿Qué decir de la tarde o del pájaro que cruza ahora por la ventana si también hemos olvidado qué son el pájaro, la tarde, la ventana?

Pocas cosas resultan sin duda tan dramáticas como el olvido total, porque atañe a la disolución del yo, al no ser. El olvido extremo, el impronunciable Alzheimer es siempre, así, una presencia feroz; su sola mención nos remite, por analogía, a la imagen de una suerte de virus informático que ha logrado infiltrarse dentro del sistema operativo, con la misión de desarticular, devorar y destruir archivos. El resultado, al final, es el mismo:



Mariana Bernárdez
Nervadura del relámpago
México, FOEM, 2013, 87 pp.

la pantalla en blanco. Por eso san Agustín creía que el olvido tan temido era aquello que no podía abarcar el alma, lo que se había perdido definitivamente para el alma, quedando fuera de la órbita de ésta.

La poeta de *Nervadura del relámpago* ha mirado los estragos de ese olvido en el padre. “¿Dónde amparar lo vivido”, se pregunta, es decir, ¿cómo salvar del naufragio el pasado, sus referentes, sus puntos de ubicación en el tiempo, cuando la poeta sabe que las neuronas del padre han empezado a convertirse en constelaciones, en estrellas de gas que se disipa:

Supongo que las neuronas se desleían
para volverse constelaciones dentro de ti.

“Estupor”, “horror” son palabras que san Agustín dedica a la memoria y al olvido, merced a su “multiplicidad infinita y profunda”. Mariana Bernárdez ha ido en su libro a la búsqueda de los hilos y las dentritas de la memoria. Como Orfeo, ha descendido en busca de lo perdido. Y como él, ha cantado en los linderos de la pérdida, celebrando la vida y sus misterios. Pero también, como él, la poeta sabe que al final habrá de volver el rostro para contemplar, al menos por última vez, la luz del relámpago que se desvanece. **▲▲**